

La *Crónica* de Jerónimo de Vivar y la conquista de Chile

SARISSA CARNEIRO ARAUJO
Universidad de Chile

La *Crónica* de Jerónimo de Vivar, terminada de escribir en 1558, es la crónica más temprana de la conquista de Chile. Es también la que ha llegado más tardíamente al conocimiento de un público amplio: por siglos, no fue más que una referencia de León Pinelo, «Gerónimo de Bivar, Historia de Chile manuscrita», en su *Epítome de la biblioteca oriental y occidental*. Hallada a comienzos del siglo XX, recibe su primera edición en 1966 y actualmente es objeto de un proyecto de investigación que culminará con su edición crítica, a cargo de Raissa Kordic Riquelme¹.

En su dimensión discursiva, dicha investigación pretende profundizar aspectos relevantes para la caracterización de la *Crónica* en el marco de las crónicas de Indias y de los textos fundacionales de la conquista de Chile (en concreto, las *Cartas* del conquistador Pedro de Valdivia y la *Historia* del capitán Alonso de Góngora Marmolejo)².

Uno de estos aspectos refiere a la cuestión biográfica que, podríamos decir, ha sido el asunto más indagado por la crítica en relación con la *Crónica*. La referencia de León Pinelo en el siglo XVII dio lugar, con anterioridad al hallazgo del manuscrito, a hipótesis y conjeturas relacionadas con la autoría del entonces desconocido texto. Se cuestionó la existencia de Jerónimo de Vivar, dada su condición de personaje totalmente ausente

1. Proyecto financiado por el Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico, Proyecto FONDECYT 1085189 «La *Crónica* de Jerónimo de Vivar: edición crítica y relectura». Investigadora responsable: Raissa Kordic Riquelme. Co-investigadores: Manuel Contreras y Sarissa Carneiro.

2. En trabajos anteriores, he abordado la *Crónica* de Vivar desde el punto de vista discursivo, especialmente en aquellos aspectos no suficientemente explorados por la crítica. Realicé, asimismo, una comparación de la *Crónica* con la primera historia de Brasil, la *Historia da provincia de Santa Cruz, a que vulgarmente chamamos Brasil* de Pero de Magalhães Gândavo. En estos momentos, la investigación profundiza y amplía consideraciones apuntadas en dichos trabajos.

de la documentación conocida de los primeros años de la conquista. A partir de esto, se planteó hacia fines del siglo XIX, la posibilidad de que Vivar fuera un seudónimo del secretario de Valdivia, es decir, de Juan de Cardeña (Luis Montt, Barros Arana). La hipótesis del seudónimo tuvo defensores incluso después de la publicación de la declaración de Jerónimo de Vivar en el proceso de Villagra (documento que publica Toribio Medina en el tomo XXII de los *Documentos inéditos para la Historia de Chile*) así como de la publicación de la crónica misma (Antei 1989). La cuestión asumió de hecho un carácter relevante a la luz del texto: la presencia de imágenes, usos lingüísticos y expresiones del epistolario de Valdivia en la *Crónica de Vivar* obligaba a clarificar la relación del cronista con el primer gobernador de Chile. Se planteó, entonces, que Vivar podría haber sido Secretario de la Capitanía General, función distinta de la que habría cumplido Cardeña (Villalobos, 1988: 14). La relevancia del discurso descriptivo de la *Crónica* hizo que se pensara, asimismo, en la posibilidad de que Vivar hubiera estado entre los geógrafos encargados por Pedro de Valdivia para realizar una completa relación de la tierra de la Nueva Extremadura (Barral Gómez, 1988: 23).

La relación entre el cronista y el conquistador se clarificaba, además, a la luz de los planteamientos de Mario Ferreccio. Ferreccio defendió la participación de Jerónimo de Vivar (entre otros personajes, como el mismo Góngora Marmolejo) en el *scriptorium* de la conquista de Chile (1991: 46), lo que se confirma en estudio reciente de Raïssa Kordic, quien observa coincidencias entre el *usus scribendi* y el *ductus* de la letra de algunas cartas de Valdivia y del manuscrito de la *Crónica de Vivar* (2007: 393). Por mi parte, he subrayado la traslación no solo de expresiones e imágenes del discurso de Valdivia en la *Crónica* sino sobre todo de sentidos y argumentos, que en las cartas se vinculan a un discurso de tipo jurídico que pretende justificar acciones y decisiones a partir de intenciones y finalidades y que en la *Crónica* se desarrollan en el marco de un discurso demostrativo que elogia la figura de Valdivia como modelo de conquistador, modelo que debieran imitar, según Vivar, los lectores de la *Crónica* que se animen a venir a semejantes conquistas (Carneiro 2008).

En relación con la cuestión biográfica, he señalado, asimismo, la necesidad de abordar el asunto teniendo en consideración la «polivocalidad» del sujeto colonial (Adorno, 1996: 667), lo que en el caso de Vivar permite, a la luz del texto mismo, proponer como funciones simultáneas o al menos no excluyentes las que se han considerado para el cronista: cosmógrafo-geógrafo, secretario de la capitanía general de Chile y escriba de algunas cartas de Valdivia, Jerónimo de Vivar habría participado activamente en el *scriptorium* de conquista aportando antecedentes relacionados con sus distintas funciones. Tras la muerte de Pedro de Valdivia, Jerónimo de Vivar rearticuló, probablemente, escritos diversos, anotaciones de viajes y expediciones realizadas, información general para una descripción de los Reinos de Chile, cartas y documentos del *scriptorium*, intercalándolos con una narración de los hechos de españoles desde la primera entrada de Valdivia, todo ello con un importante contenido biográfico que sigue la trayectoria vital del primer gobernador de Chile como modelo y ejemplo para futuros conquistadores y colonizadores. En 1558, dio forma final a un texto que apunta, en la combinación de géneros y tipos discursivos, a la polivocalidad del enunciante. El soldado, cosmógrafo, secretario y escribano, se hace entonces cronista de la conquista de Chile y biógrafo de su primer gobernador.

Pero la cercanía de Jerónimo de Vivar con el conquistador Valdivia se observa no solo en los antecedentes mencionados sino muy especialmente en el signo ideológico que imprime a su *Crónica*. Tanto en la narración de acciones (es decir, en el contenido propiamente cronístico) como en el discurso biográfico (del tipo *vita*), imbricados en el texto, el discurso de Valdivia gravita como referencia en la atribución de énfasis, interpretaciones y sentidos. En cuanto biografía de Valdivia, la *Crónica* recoge de las *Cartas* la imagen del conquistador que reúne en su persona numerosas atribuciones y funciones que, por un lado, garantizan el éxito de la empresa en la Nueva Extremadura y que, por otro, apunta a los méritos del leal vasallo del monarca, querido por sus hombres. Recordemos la autodefinición que hace Valdivia en su carta II:

Gobernador, en su real nombre, para gobernar sus vasallos, y a ella con abtoridad, y capitán para los animar en la guerra y ser el primero a los peligros, porque así convenía, padre para los favorecer con lo que pude y dolerme de sus trabajos, ayudándoselos a pasar, como de hijos, y amigo en conversar con ellos, jumétrico en trazar y poblar, alarife en hacer acequias y repartir aguas, labrador y gañán en las sementeras, mayoral y rabadán en hacer criar ganados, y, en fin, poblador, criador, sustentador, conquistador y descubridor (Valdivia, 1992: 41).

En la *Crónica*, esta imagen se reitera y amplía. A los atributos mencionados se añaden los que apuntan a los ideales de vida y prototipos característicos de la crónica biográfica y la biografía española del siglo XV. En la narración biográfica de la *Crónica*, Valdivia presenta virtudes arquetípicas del caballero: de antepasados hidalgos que sobresalieron en la actividad militar, Valdivia actúa guiado por las virtudes cardinales, la prudencia, la justicia, la fortaleza; es el caballero cristiano que tiene firme fe en Dios, horror a la avaricia, lealtad al rey y a sus representantes en Indias; notable orador, tiene además ansias de gloria y fama bien ganadas³. A estos atributos se añaden los que sobre todo desde Cortés empiezan a configurar el modelo de conquistador de Indias: Valdivia es también el militar guerrero y estratega que hace un uso calculado de la violencia, que busca alianzas y negociaciones que cuando fracasan dan lugar a ataques y castigos, conjugando así severidad y clemencia⁴.

Esta imagen del conquistador hace de la *Crónica* un discurso de tipo demostrativo, que tiene como oficio fundamental el elogio a partir del afecto del «amor admirativo», como dispone la preceptiva retórica (Cicerón). El discurso de *vita* de la *Crónica*, presenta, de hecho, a Valdivia como modelo heroico, ejemplo que deben seguir los futuros conquistadores y soldados de la guerra de Arauco. Dice Vivar en su dedicatoria al príncipe Carlos, hijo de Felipe II:

Serenísimo Señor, he hecho y recopilado esta relación de lo que yo por mis ojos vi y por mis pies anduve y con la voluntad seguí, para que los que leyeren u oyeren esta relación se animen a semejantes descubrimientos, entradas y conquistas

3. Para la descripción del arquetipo al que hacemos alusión, véase Romero (1945: 72-73).

4. Aludo al modelo que describe y caracteriza Beatriz Pastor a partir de la figura de Hernán Cortés, véase Pastor (1988: 140).

y poblaciones, y en ellas empleen sus ánimos y esfuerzos en servicio de sus príncipes y señores, como este don Pedro de Valdivia lo hizo (Vivar, 1988: 40).

Así, la *Crónica* instala en el pasado el modelo heroico para el futuro de la conquista española en Chile. En 1558, es decir, ya en tiempos de García Hurtado de Mendoza, Vivar propone a Valdivia como modelo heroico, y describe, asimismo, los primeros años de la conquista de Chile como una edad de oro que se opone implícitamente al perturbado período que sigue a la muerte del conquistador. Retomando una imagen de Valdivia en la Carta II⁵, Vivar caracteriza los primeros años de la conquista como «tiempo dorado». Esos años, que van de la entrada de Valdivia hasta la llegada de Monroy con un refuerzo de hombres, son años de trabajos y penurias⁶, pero son también un tiempo recordado con nostalgia, un tiempo sano, sin malicia ni avaricia: «cuatro años había que los españoles estaban en la tierra [...] que no se vestían después que rompieron la ropa que trajeron, sino de pieles de raposas y de nutrias y de lobos marinos», «y había cinco meses que no se decía misa por falta de vino» (Vivar, 1988: 168), «en todo este tiempo [...] no hubo hombre que se desnudase para dormir ni durmiese desnudo, ni desarmado de las armas que cada uno tenía, si no era el que estaba herido o enfermo», «ni aun la acostumbrada guerra no les daba tanto trabajo ni la sintieran, si no viniera tan acompañada de tanta hambre y necesidad de provisión, porque acontecía a muchos españoles ir a cavar de dos a dos días y sacar para comer unas cebolletas [...] carne, si por ventura no se cazaba, no la había» (Vivar, 1988: 171). Para concluir luego, «Era un tiempo bueno y un tiempo sano sin malicia y libre de avaricia. Todos hermanos, todos compañeros, todos contentos con lo que les sucedía y con lo que hacía. Llamábale yo a este tiempo, tiempo dorado» (Vivar, 1988: 169).

Así, si en el discurso biográfico de la *Crónica* Vivar recupera el modelo del caballero cristiano, en la narración de acciones actualiza para los primeros años de la conquista de Chile una figura utópica de extenso desarrollo en la tradición occidental. El «tiempo dorado» de Vivar enfatiza un aspecto particular de la tradición clásica: la ausencia de conflictos (malicia, avaricia) atribuida a la satisfacción con lo que se tiene y se es (Ainsa, 1998: 86-89). La imagen se sostiene, asimismo, en un orden natural asegurado por la división del mundo y la incomunicación de sus partes (otro elemento de la tradición): en el limitado espacio de la fortaleza en la que se transforma Santiago luego de su destrucción, los hombres de Valdivia fueron, según Vivar, fraternos, solidarios y autosuficientes.

Estos conquistadores de los primeros años, «solos y peregrinos cristianos», en palabras de Vivar, protagonizaron, además, la reanudación de la misión evangelizadora en tierras chilenas: Vivar presenta como cierta la evangelización prehispánica de los naturales de la Nueva Extremadura. Del relato que recoge de los caciques del valle central de

5. Me refiero a la *comparatio* con la Edad de Oro que en la Carta II se asemeja, como advierte Cedomil Goic, a los rasgos de la *Utopía* de Tomás Moro (Goic, 2006: 110): dice Valdivia, «como vi las orejas al lobo, parecióme, para perseverar en la tierra y perpetuarla a vuestra Majestad, habíamos de comer del trabajo de nuestras manos como en la primera edad. Procuré de darme a sembrar y hice de la gente que tenía dos partes, y todos cavábamos, arábamos y sembrábamos en su tiempo, siempre armados y los caballos ensillados» (1992: 31).

6. Para este asunto, véase Invernizzi (1990).

Chile deduce que en tiempos pasados habría venido a estas tierras un apóstol que habría entregado a sus naturales los fundamentos de la fe cristiana:

Que ya sabían y tenían noticia por dicho de sus antepasados, que ‘por esta tierra anduvo antiguamente un hombre de vuestra estatura y con la barba crecida como algunos de vosotros’ y que lo que este hombre hacía era curar y sanar los enfermos, lavándolos con agua, que hacía llover y criar los maíces y sementeras, y que cuando caminaba por las sierras nevadas, encendía lumbre con sólo el sople, y hablaba generalmente en sus lenguas y lenguajes a todos, y les daba a entender cómo en lo alto de los cielos estaba el criador de todas las cosas, y que hacía vivir a todas las criaturas, y que tenía allá arriba mucha cantidad de buenos hombres y buenas mujeres. Y de estas cosas les decía. E que pasado cierto tiempo se salió de esta tierra y se fue hacia el Perú. Y pasado cierta cantidad de tiempo y años vinieron los ingas (Vivar, 1988: 104)

La llegada de los incas significa la perversión de la doctrina entregada por este apóstol, la cual de todos modos no se había impreso suficientemente en los «empedernidos corazones» de los naturales de Chile. La conquista de Chile se plantea, entonces, como reconquista, «reconquista prolongada» (si usamos la expresión de Ainsa), e instala una continuidad entre el «santo varón» y los españoles que emprenden la conquista. El mismo Valdivia retoma la evangelización truncada del apóstol que, como Almagro en su momento, renunció a Chile optando por Perú.

Así, los modelos y marcos interpretativos que inciden en el discurso biográfico y cronístico de Vivar, afectan también la consideración de los habitantes originarios de Chile: si el sujeto conquistador presenta las virtudes del arquetipo del caballero medieval y los rasgos del capitán conquistador de Indias, el indígena de Chile se moldea a partir de las imágenes del infiel, el bárbaro, el amigo del demonio y el guerrero bestial cuya valerosidad se contrapone a la de españoles, seguidores de romanos en el Nuevo Mundo de Indias.

Ahora bien, junto al relieve de estas categorías propias de la cultura caballeresca militar (Adorno, 1988), en la *Crónica* sobresale el afán por dar cuenta, en el marco de un extenso discurso descriptivo, de diferencias y particularidades de costumbres, prácticas y rituales autóctonos, así como de la naturaleza de Chile, especialmente de su flora y geografía. Entre los discursos fundacionales de la conquista de Chile, la *Crónica* es el texto que mayores antecedentes aporta en relación con los asuntos que en la época corresponden a la historia moral y natural de Indias. Este discurso descriptivo tiene el interés adicional de apuntar a las interacciones entre españoles e indígenas, sobre todo yanaconas e indios amigos. En la narración de la entrada de Valdivia y sus hombres a Chile, se intercala un discurso de relación que describe y nombra la realidad a partir de esa interacción. Españoles y yanaconas se admiran, se extrañan, padecen y nombran, por ejemplo, al río Anchallulla o «Gran mentiroso» o al Suncaemayo, «Río Burlador»:

Cuando llegamos a este río, habiendo pasado tanta cantidad de tierra y falta de agua, y vimos aquel río correr, con el deseo que teníamos de ver correr agua, fuimos toda la gente a recibir algún refresco. Y como los caballos allegaron deseosos de beber, pusieron los hocicos en el agua, y viendo que en el gusto era salada,

salieron fuera. Y todas aquellas gotas de agua que en los pelos de las barbas se les pegaban, en aquel momento, antes que se les cayesen en tierra, se le cuajaba y hacía sal. Ver a un caballo después en cada pelo de barba una gota de sal bien pegada, parecían perlas que estaban colgadas del hocico

Y viendo los españoles que el agua que les traían para beber se les cuajaba en el jarro de la mano a la boca, recibían pena por la falta que habían traído y que las jornadas pasadas y en las que esperaban caminar. Las piezas de servicio recibieron desmayo y desconsuelo en ver lo mismo, y de enojados de aquel río y de aquella agua lo llamaron Suncaemayo, que quiere decir río burlador (69).

Un yanacona ladino es también quien narra a Vivar la muerte de Valdivia en manos de araucanos. La *Crónica* de Vivar alude permanentemente a la presencia de lenguas y yanaconas ladinos que proporcionan información y posibilitan la comunicación entre españoles y pueblos indígenas, referencias que se suman a la importancia que confiere Vivar a la distinción y mención de diversas lenguas nativas, a la inclusión de variados vocablos indígenas (descritos, explicados o traducidos) y breves discursos orales.

En el caso de la caracterización de los araucanos, la *Crónica* presenta, incluso, una suerte de discurso de la resistencia mapuche, discurso que si bien está mediado aquí por el cronista, anuncia y prefigura el imaginario que en torno a los araucanos se instalará sobre todo a partir de Ercilla.

Ya en la *Crónica* el araucano es el guerrero decidido a morir en obediencia a un único señor, su propia arma: «ha acontecido estar un español con un indio peleando y decirle que se diese, y responderle el indio 'Inchi lai' que quiere decir 'No quiero sino morir' y no temen a la muerte» (Vivar, 1988: 265), «llegáronse los españoles a la orilla y le preguntaron qué cuyo era. Y el indio se salió del agua y se vistió y tomó una lanza, y blandéandola les dijo 'Mamo inche y tata' que quiere decir tanto como 'éste es mi amo y mi señor» (Vivar, 1988: 321). A estos ejemplos se suman importantes relatos como el de la prueba del tronco o el de la reacción de la esposa de Teopolicán que, al verlo preso por españoles, arrojó cuesta abajo a su hijo de un año: «¿Cómo? ¿Tú eres Teopolicán, el valiente que decían que no te había de parar cristiano que le habías de matar, que así te dejaste prender de los españoles? ¿Y parécete cual vas atado e que tenga yo un hijo de un hombre cobarde como tú?» (Vivar, 1988: 342). De lo cual piensa el cronista: «cierto me parece grande ánimo y esfuerzo de mujer, e que la podíamos comparar aquella buena mujer cartaginesa que se metió con dos hijos en el fuego, porque el marido se había entregado a los romanos» (Vivar, 1988: 342).

Bibliografía

- ADORNO, R. (1988): «El sujeto colonial y la construcción cultural de la alteridad», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 14/28, pp. 55-68.
- (1996): «Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos», en *Lectura crítica de la literatura americana. Inventarios, invenciones y revisiones*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, pp. 664-677.
- AINSA, F. (1998): *De la Edad de Oro a El Dorado. Génesis del discurso utópico americano*, México: Fondo de Cultura Económica.

- ANTEI, G. (1989): *La invención del reino de Chile: Gerónimo de Vivar y los primeros cronistas chilenos*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- BARRAL GÓMEZ, A. (1988): «Introducción», en *Crónica de los reinos de Chile*, de Jerónimo de Vivar, Madrid, *Historia* 16, pp. 7-36.
- BARROS ARANDA, D. (1884): *Historia General de Chile*, Tomo II, Santiago: Editorial Jóver Santiago.
- CARNEIRO, S. (2008): «Palabras peregrinas: escritura, traducción y diferencia en Jerónimo de Vivar y Pero de Magalhães Gândavo», Tesis doctoral, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- CICERÓN (1997): *La invención retórica*, Madrid: Gredos.
- FERRECCIO PODESTÁ, M. (1991): «El epistolario cronístico valdiviano y el *scriptorium* de conquista», en *Cartas de Don Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento y conquista de la Nueva Extremadura*, ed. Rojas Mix, notas y transcripción de Mario Ferreccio, Barcelona: Lumen, pp. 33-53.
- GOIC, C. (2006): *Letras del Reino de Chile*, Madrid: Iberoamericana.
- GÓNGORA MARMOLEJO, A. de (1990): *Historia de todas las cosas que han acaecido en el Reino de Chile y de los que lo han gobernado (1536-1575)*, Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.
- INVERNIZZI, L. (1990): «Los trabajos de la guerra y «los trabajos del hambre»: dos ejes del discurso narrativo de la Conquista de Chile (Valdivia, Vivar, Góngora Marmolejo)». *Revista Chilena de Literatura*, 36, pp. 7-15.
- KORDIC RIQUELME, R. (2007): «Nueva edición de la Crónica de Vivar», *Boletín de Filología*, 42, pp. 389-395.
- LEÓN PINELO, A. de (1629): *Epítome de la biblioteca oriental y occidental*, Madrid: Juan González.
- MEDINA, J. T. (1900): *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile*, Primera Serie, Santiago: Imprenta Elzeviriana.
- MONTT, L. (1876): «Primeros cronistas de Chile», *Revista Chilena*, VI.
- PASTOR, B. (1988): *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia*, Hanover: Ediciones del Norte.
- ROMERO, J. L. (1945): *Sobre la biografía y la historia*, Buenos Aires: Sudamericana.
- VALDIVIA, P. de (1992): *Cartas de relación de la conquista de Chile*, ed. Mario Ferreccio, Santiago: Universitaria.
- VILLALOBOS, S. (1988): «Tras los pasos de un cronista», en *La crónica de Gerónimo de Vivar y la conquista de Chile*, de Mario Orellana, Santiago: Editorial Universitaria, pp. 9-16.
- VIVAR, J. de (1988): *Crónica de los reinos de Chile*, ed. Ángel Barral Gómez, Madrid: Historia 16.